

titud por haber debido á la mediacion de él este feliz resultado, y expidió las bulas convenientes, así para la revocacion de las censuras, como para mantener en sus beneficios y dignidades á todos los que habian vuelto ó volviesen á la unidad de la Iglesia. Estas bulas ordenaban, además, suprimir en los instrumentos de la corte pontificia, cuantas cláusulas y expresiones deshonorosas se hallasen contra el concilio de Basilea, Félix y sus sucesores. Hubo, pues, una amnistia completa. Félix fué nombrado cardenal obispo de Sabina y legado perpetuo de la Santa Sede en los Estados de Saboya, con el primer lugar en la iglesia despues del Papa, y el derecho de conservar las insignias pontificales, excepto el anillo del pescador y la cruz en la mulilla. Además, se habia convenido en que no se le podria compeler á ir á la corte de Roma, y que si se presentaba allí se levantaria el Papa para recibirle, y le admitiria al ósculo sin exigirle otras señales de respeto. Por esta prudente condescendencia logró el Papa Nicolás extinguir un cisma, tanto mas deplorable, cuanto que se habia introducido y mantenía por la autoridad de un llamado concilio general. Félix volvió despues de su abdicacion á la soledad de Rapailles, donde vivió diez y ocho meses haciendo ejercicios de penitencia, y murió en olor de santidad. Supónese que se obraron en su sepulcro varios milagros.

El cardenal de Arlés, Luis de Allemand, que habia sido el mas ardiente promovedor de las medidas dictadas en Basilea contra el Papa Eugenio, se mostró tambien el mas solícito en procurar la renuncia de Félix y el restablecimiento de la unidad católica. Fué nombrado legado en la Alemania baja, y despues que volvió á su diócesis, se esforzó á expiar con buenas obras las faltas en que le habia precipitado su celo imprudente. Así lo atestigua expresamente su elogio inserto en el martirologio de la Iglesia de Francia, bajo la data del 16 de Setiembre. Murió en 1450, y la fama de sus virtudes, así como los milagros hechos en su sepulcro, movieron mas adelante al Papa Clemente VII á permitir que se le venerase como Beato; pero el Pontífice declara terminantemente en su breve, que no entendia por eso darle lugar en el catálogo de los santos hasta que se procediese á la canonizacion con las solemnidades acostumbradas. Tres cardenales de los nombrados por Félix continuaron en el sacro colegio: los demas ó habian muerto, ó renunciaron aquella dignidad. Los pocos miembros que quedaban en Lausana dándose el nombre de concilio de Basilea, entraron tambien en los proyectos de avenimiento, y á pocos dias de haber abdicado Félix, publicaron dos decretos: en el uno se revocaban todas las censuras y penas impuestas con motivo del cisma, y en el otro, se confirmaban todos los actos del Papa Eugenio despues de su deposicion. Por otro decreto declararon elegir sumo Pontífice á Tomás de Sarsane, llamado en su obediencia Nicolás V, y mandaron á todos los fieles reconocerle y obedecerle como Papa le-

gítimo. No dejaron de recordar en este decreto la doctrina tantas veces proclamada tocante á la superioridad de los concilios generales, y aun de añadir que si se determinaban á elegir á Nicolás, era con la confianza de que permaneceria fiel á esta doctrina. Pero el Papa tuvo la prudencia de no ver en ello mas que una fórmula de estilo casi indiferente, ó á lo menos agena de la fé, y no promovió ninguna reclamacion sobre el particular. Dictadas estas medidas, se separaron los miembros de aquella reducida asamblea, declarando disuelto el concilio que habia durado diez y ocho años; y aunque cesó de ser ecuménico y hasta legítimo despues del decreto de traslacion á Ferrara, los pretextos en que se fundaba su oposicion, y la adhesion que continuó teniendo en gran parte de la cristiandad, pudieron engañar momentáneamente á los partidarios de la opinion que aquel queria hacer triunfar, y parecieron bastante motivo para tratarlos con indulgencia cuando se sometieron y volvieron á la unidad (1).

Por esta misma época se celebraron en Francia varios concilios para restablecer la disciplina. El de Ruan en 1445 hizo á este propósito muchos estatutos, cuyo objeto es confirmar las antiguas leyes canónicas y asegurar su observancia. Prohibense, con penas rigurosas, los libros de magia, los sortilegios, la adivinacion, las blasfemias, las máscaras, las indecencias en las iglesias, el traje inmodesto de los clérigos, y otros diversos abusos. Como solia degenerar en supersticion la costumbre de dar nombres particulares á ciertas imágenes de la Virgen, por ejemplo, *Nuestra señora de la Recuperacion, de la Compasion, del Consuelo, &c.*, y servia de arbitrio á la codicia para grangear ofensas; creyó el concilio deber prohibirlo; pero mas adelante se derogó esta prohibicion por no subsistir ya las mismas razones. Otros artículos se refieren á la conducta é instruccion de los eclesiásticos, y en particular de los curas párrocos. Se manda examinar cuidadosamente á los que pretendan ordenarse, y se exige que posean un beneficio ó patrimonio. Se les prohíbe frecuentar las tabernas y fignones, ejercer la negociacion ó la usura, habitar con mugeres, recibir nada por los sacramentos y bendiciones, ni hacer ningun pacto interesado para la celebracion de la misa. Se manda á los párrocos que hagan una plática á sus parroquianos todos los domingos. Se recomienda que se encarguen las escuelas á sujetos capaces y de virtud experimentada. Se prohíbe pasar la noche de la vigilia de Navidad en jugar á los dados ú otros juegos. Se confirma la prohibicion de evictar los excomulgados y de lanzar ninguna censura sin monicion previa. Por último, algunos artículos se dirigen á mantener la disciplina regular en los monasterios, y en el caso en que descuidasen

(1) *Æn. Sylv. Hist. Europ.*—Philipp. Bergom. *Chron.*—Steph. Infessur. *Chron.*—Platin.—Rainald.

los superiores las visitas y otros deberes de su cargo, se manda á los obispos que provean. Un concilio provincial de Tours, tenido en Angers el año 1448, hizo diez y siete cánones: los principales prohiben ciertos juegos ilícitos, la fiesta de los locos, los matrimonios clandestinos, las concerradas que se daban á los casados en segundas nupcias, el despojo de los bienes de la Iglesia, los derechos de peaje para los efectos de los clérigos, las excomuniones sin las formalidades canónicas, &c. En otros se rectorían los deberes de los canónigos y de los clérigos en general, á quienes se prescribe el silencio y la atención durante los oficios, privando de las distribuciones cotidianas á los que no asistan. Se manda á los predicadores que sólo prediquen en las iglesias ó otros lugares acostumbrados, y eviten en la voz y acción todo lo que pudiera oler á declamación. Por último, se prohíbe exponer nuevas reliquias ó predicar nuevas indulgencias sin aprobación del obispo. Análogas reglas se dictaron al año siguiente en un numeroso concilio celebrado en Leon por los obispos que se habían reunido para las negociaciones referentes á la extinción del cisma. Prescribese no ordenar mas que el número de clérigos necesarios para el servicio de las iglesias, y examinarlos cuidadosamente, así tocante á las costumbres, como en cuanto á la suficiencia, y se renueva la obligación de vestir sotana y llevar tonsura, con orden de no administrar los sacramentos, ni predicar ó confesar sin la aprobación del obispo diocesano. Tambien se prohíben el abuso de las indulgencias, la violación de la clausura religiosa, los matrimonios clandestinos, el concubinato y las blasfemias tan comunes entonces, que el concilio recomienda implorar en caso necesario el auxilio del brazo secular para reprimirlas.

Como Clemente VI habia reducido el jubileo á cincuenta años, el Papa Nicolas le anunció para el siguiente, por una bula del mes de Enero de 1449, y dió órdenes eficaces para proteger á los peregrinos y proporcionarles víveres baratos y en abundancia. Fué tan asombroso el concurso de fieles de todas clases y países en Roma, que murieron sofocadas muchas personas en las iglesias y otros lugares. Un día fué tan grande el gentío de los que visitaban la iglesia del Vaticano donde estaba expuesta la imagen de la Verónica, y hubo tales apreturas al pasar el puente de Santangelo, que cayeron cerca de cien personas en el rio y se ahogaron. Penetrado el Papa de dolor, mandó hacerles magníficas exequias, y dispuso derribar algunas casas que estrechaban demasiado el paso. Entre los personages distinguidos que acudieron á Roma por razon del jubileo, se notaron el conde de Cilley en Stiria, que contaba entonces noventa años de edad, y era famoso por todo género de vicios, de los que no le corrigió aquella peregrinacion; el conde de Douglas, uno de los señores mas poderosos de Escocia, y el arzobispo elector de Tréveris, á quien permitió el Papa fundar una uni-

versidad en esta metrópoli. La solemnidad del jubileo se aumentó tambien con la canonizacion de San Bernardino de Sena. Los habitantes de esta ciudad se habian reunido con los de Aquila para proseguir esta causa, en vista del número y fama de los milagros obrados en el sepulcro del santo religioso, en los seis años que se contaban desde su muerte; y habiéndose continuado con diligencia por el celo de Juan Capistrano, las informaciones incoadas en tiempo del Papa Eugenio, se celebró solemnemente la canonizacion, el 26 de Mayo, dia de Pentecostes del año 1450. Ya hemos visto antes que San Bernardino, vicario general de los religiosos menores en Italia, habia fundado ó reformado muchos conventos, donde logró restaurar la regla primitiva mitigada sucesivamente por efecto de las interpretaciones y dispensas. Así dió origen á la congregación de los observantes, ó hizo cesar los pretextos de division que habian turbado tanto tiempo la órden de los menores. Los que no adoptaron esta reforma, fueron llamados conventuales, porque poseian los conventos mas antiguos de la religion; pero ambas congregaciones continuaron algun tiempo sujetas al mismo general. Como los conventuales de Aquila, donde habia muerto el santo, se obstinaban en conservar las reliquias de éste, tuvo que emplear el Papa su autoridad para que las entregaran á los observantes. Estos edificaron una iglesia magnífica á donde fué trasladado el cuerpo de allí á algunos años, y puesto en una urna de plata regalada por el rey Luis XI.

Nicolás V envió en este mismo año á Fr. Juan Capistrano, vicario general de los observantes, á Alemania, para que fundara su congregación y trabajara en la conversion de los hereges. Fr. Juan habia sucedido á San Bernardino, y distinguióse como él, por su talento y fruto en la predicación. Nombrado inquisidor, mostró en especial su celo contra los fraticielos que propagaban sus errores por la Campania y la Marca de Ancona, donde hizo condenar mas de treinta de estos sectarios. El Papa sin conferirle el título de legado, le dió no obstante las mas amplias facultades para absolver de todo género de censuras, y hasta para conceder indulgencias. Donde quiera fué recibido con un entusiasmo y veneración extraordinaria. Los pueblos acudian en tropel á verle y cubrian de flores el camino por donde habia de pasar. Juntábanse para oírle en las plazas públicas ó en el campo, y era el gentío tan considerable, que dicen llegó á veces á mas de ochenta mil personas. El efecto de sus sermones era asombroso. Sesenta doctores y estudiantes de la universidad de Leipsik le pidieron el hábito de San Francisco, y se hicieron cooperadores de sus afanes apostólicos. El rey Casimiro de Polonia, le escribió con empeño llamándole á sus Estados para que trabajara en la conversion de los lituanos y rusos enredados en el cisma de los griegos. Pero se duda que pudiese ir allá. Detúvose mucho tiempo en la Moravia, donde convirtió mul-

titud de husitas. Roquesane, para atajar los progresos del santo misionero, le convidó por escrito á una conferencia, y al mismo tiempo tomó sus medidas para que se le negara un salvoconducto, publicando despues que Juan Capistrano no habia querido arriesgarse á una disputa en que tenia ser vencido. Este habiendose quejado por escrito á la nobleza de Bohemia y al gobernador del reino, de que su le negaba un salvoconducto, respondió á las instancias de Roquesane y sus partidarios, por un tratado en que descubria las intrigas y mala fé del sectario.

El acomodamiento ajustado con los husitas por el concilio de Basilea, no habia producido el efecto que se esperaba. Los laboristas no habian querido tomar parte en este tratado, y no tardaron en infringirle los mismos calixtinos que le habian concluido. Roquesane, cabeza de ellos, á quien el emperador Sigismundo habia prometido el arzobispado de Prága, se prestó por ambicion á un avenimiento hipócrita; pero como el Papa tardaba en enviarle las bulas, volvió á sus errores y no pensó mas que en conservarse en la gracia de los sectarios. Muerto el emperador Alberto, los Estados de Bohemia nombraron para gobernar el reino durante la menor edad de Ladislao, dos regentes ó gobernadores, á saber, Mamard elegido por los católicos, y Petarscon por los husitas. Este, condescendiente con su compañero, cuya virtud y talento reconocia, no osaba contradecirle abiertamente; pero seducido por su amigo Roquesane, se guió de sus consejos y empleó el valimiento en favorecer las miras y designios de este sectario ambicioso. Como el tratado ajustado por los diputados del concilio de Basilea, permitia solamente el uso de la comunión bajo ambas especies, á los adultos que la pidiesen expresamente, y además, con la condicion de advertir al pueblo que no es necesaria para la salvacion, los bohemios, disgustados de estas restricciones que condenaban el pretexto principal de su cisma, hicieron que Petarscon pidiese al concilio el permiso de administrar la Eucaristia á los niños recién bautizados, y bajo las dos especies; tambien solicitaron que se les permitiese decir en lengua vulgar parte de la misa, y especialmente el Evangelio y el simbolo. El concilio desechó estas pretensiones, y á poco tiempo los bohemios ó calixtinos resucitaron los cuatro artículos que habian propuesto primero al concilio, y cuya aprobacion no habia podido conseguir. Dieron indistintamente la comunión bajo las dos especies á todos los fieles, hasta á los niños, y obligaron á los católicos á recibirla, so pena de quedar privados de la sepultura (1).

El cardenal Juan de Carvajal, á quien habia enviado el Papa como legado á Alemania para consolidar la union, pasó tambien á Prága, y se esforzó en persuadir á los bohemios que se reconciasen con la Iglesia romana.

(1) Cochl. Hist. Huss. — Aen. Sylv. Hist. Bohem. — Jac. Papiens. Comment.

Bohemia, donde se creia que Mainard lo tenia todo dispuesto para el restablecimiento de la religion católica. Carvajal fué recibido con los honores acostumbrados, y habiendose presentado en una asamblea de la nacion, le dirigieron una arenga en que se prodigaban magníficos elogios á la Santa Sede y á los Papas Eugenio y Nicolás. Luego se manifestaron las cláusulas del tratado concluido con el concilio de Basilea, y acabaron pidiéndole la confirmacion de ellas con las bulas del arzobispado para Roquesane. El legado respondió que se trataria inmediatamente del primer objeto, es decir, de lo que tocaba al convenio, y que en cuanto al segundo punto, antes de consagrar á Roquesane, habia que restituir los bienes de la Iglesia de Prága para que tuviese el arzobispo con que mantener su dignidad. Mas los bohemios replicaron que esta restitucion ofrecia por entonces grandísimas dificultades, y que se tomarian otras medidas para asegurar al arzobispo todas las rentas necesarias. El legado, con la esperanza de lograr mejor suceso, resolvió negociar en particular con Roquesane, y luego con los Estados del reino, y no pudo sacar otra respuesta. Aquel sectario repetia sin cesar que él habia contribuido mas que nadie á ajustar el tratado con el concilio de Basilea: que los habitantes de Prága habian manifestado la resolucion bien firme de no consentir jamás otro arzobispo, y que se ofrecia á cumplir las intenciones de la Santa Sede con tal que se le expidiesen las bulas; pero que si no se le juzgaba digno de ellas, no se debia solicitar ni esperar su intervencion. Los Estados declararon expresamente por su parte, que no se tomaria ninguna medida relativa al clero ó á la religion hasta que el Papa enviase las bulas. Entonces el legado pidió nuevas instrucciones al sumo Pontífice, cuya respuesta fué que estaba pronto á enviar las bulas luego que se hubiesen reparado todas las infracciones del convenio concluido con el concilio, principalmente en lo que tocaba á los bienes eclesiásticos, usurpados despues por los husitas. Pero esto no traia cuenta á Roquesane, el cual temia que semejante condicion entibiase se el celo de los sectarios á su favor. Así, se esforzó á conseguir ante todo, el objeto de su ambicion, y dijo al legado, quasi el Papa consentia en enviarle previamente las bulas, él daba su palabra de cumplir ciegamente todas las órdenes de la Santa Sede y de conciliar tan bien el ánimo de sus compatriotas, que la religion no tendria ya que sufrir ningun menoscabo ni disturbio en Bohemia. No habiendo sido aceptada esta proposicion, Roquesane, frustradas sus esperanzas, no guardó ya modoracion, y el legado se resolvió á salir de Bohemia y volver á Roma, á donde llegó no sin dificultad, porqué los sectarios le amaron emboscadas en el camino, no solo dentro de aquel reino, sino en las mas de las provincias germánicas. En esto murió el gobernador Petarscon, y le sucedió Jorge de Cunsrat, mas conocido con el nombre de Pogebrac, igualmente devoto de Roquesane, y que siendo muy indiferente en punto á la religion, no

pensaba más que en emplearla para el logro de sus planes ambiciosos. Los husitas de Praga, irritados porque Mainard había mandado restablecer en todas las iglesias las ceremonias católicas, interrumpidas hacia veinticuatro años; maquinaron separarle del gobierno del reino y hacer á Pogebrac regente único. A este efecto se convino que en una noche oscura prendieran fuego los husitas en un barrio de la antigua Praga, y despues que saliesen los católicos para apagarle, se abriría una puerta de la ciudad nueva á Pogebrac, que debía estar allí con todas las fuerzas del partido. Este plan se ejecutó y salió bien segun las esperanzas de los sectarios. Pogebrac tuvo tiempo de apoderarse de la plaza y del puente que separa las dos ciudades, antes que los católicos supiesen la sorpresa. Sus tropas acuchillaron á cuantos quisieron hacer resistencia, y Mainard fué preso y encerrado en un calabozo, donde murió bien pronto. Desde entonces Pogebrac llegó á ser en cierto modo señor absoluto en la Bohemia. Por su proteccion, Roquesano se apoderó poco despues de la silla arzobispal, y no se curó de obtener las bulas. El Papa Nicolás, instado eficazmente por Scanderbag y el emperador de Constantinopla, no omitió ninguna diligencia para proporcionarles auxilios y excitar el celo de los príncipes cristianos contra los turcos. Queriendo el célebre Huniades reparar la derrota de Varna, había levantado nuevas tropas para embestir al soldado; pero su ejército, muy inferior en número, fué desbaratado enteramente despues de hacer prodigios de valor, y el general, precisado á huir casi solo, fué preso por orden del déspota Jorge de Serbia, que no le soltó sino con condiciones muy onerosas. No fué tan dichoso Amurates contra Scanderbag: dos veces le acometió en la ciudad capital de Croie, y tuvo que levantar el sitio despues de sufrir pérdidas considerables; lo cual dicen que le ocasionó la muerte en Febrero de 1451. Le sucedió Mahomet II, á quien apellidaron los turcos el Grande. En efecto, tuvo todas las cualidades propias para adquirir este renombre; pero las desdoró con los vicios mas odiosos. Había recibido de la naturaleza un cuerpo robusto y capaz de sufrir todas las fatigas de la guerra, un temperamento fogoso, una actividad asombrosa, valor intrépido, entendimiento vivo y perspicaz, y vasto ingenio; á lo que juntaba un disimulo profundo, una ambicion desmesurada y un insaciable anhelo por la gloria. Era sabio para ser príncipe, y príncipe mohometano, porque hablaba cinco lenguas á mas de la turca, y había aprendido las matemáticas y la historia, principalmente la de los hombres grandes de la antigüedad. Por lo demas, despreciaba todas las religiones, se movía de la Providencia, y no reconocia mas divinidad que la fortuna; pero juntando la supersticion con la impietad, se entregaba á todos los delirios de la astrología judiciaria. Su crueldad y liviandades igualaban á los desórdenes de su entendimiento. Mandó quitar la vida, entre otros, á los príncipes de Bosnia y Metelin con-

tra la fé jurada, y abrir el vientre á catorce pages para saber cuál se había comido un melon hurtado en un jardín que él cultivaba. Hizo perecer á toda la familia del almirante Notaras, porque éste no había querido entregar un hijo suyo para el deleite bestial del infame soldado. Por último, como se quejasen los genizeros de que se dejaba afeminar por el amor de una mujer, mandó llevarla á presencia de ellos, y tirando de la cunitarra le cortó la cabeza. Apenas se sentó en el trono Mahomet, resolvió apoderarse de Constantinopla; pero para entretener al emperador griego y tomarse tiempo de hacer los preparativos, no vació en renovar el tratado de paz con él. Los genoveses, que estaban entonces en guerra con el rey de Aragón, consintieron en pagar un tributo al soldan, y tambien entraron en trato con éste los venecianos; pero bajo la condicion, que así se unian los príncipes cristianos para declararle la guerra, les seria permitido juntarse con ellos en defensa de la fé. El estado de Europa no dejaba apenas esperanza de que se acometiera tal empresa. En Italia se había encendido la guerra por la posesion del ducado de Milán, que había dejado vacante la muerte de Felipe Maria Visconti, último príncipe de esta familia: disputaban la sucesion de dicho ducado el emperador, que le reclamaba como feudo del imperio, el rey de Aragón, que se fundaba en un supuesto testamento del difunto, el duque de Orleans, hijo de Valentina Visconti, hermana del último duque, y por fin, Francisco Sforcia, que se había casado con una hija natural de Felipe bajo la promesa de sucederle. Por otro lado, los milaneses aspiraban á constituirse en república, y ademas los florentinos y venecianos reclamaban muchas ciudades del ducado. La España estaba alterada y revuelta por el levantamiento de los señores contra la autoridad del condestable D. Alvaro de Luna, valido de Juan II, rey de Castilla, á cuyo nombre gobernaba ommotadamente el reino, cerca de treinta años hacia. Juan II, que había sucedido á su padre Enrique III. en el de 1406, murió en 1454, dejando la corona á su hijo Enrique IV, llamado el Impotente, cuyos vicios y desórdenes no stardaron en servir de nuevo pretexto de rebelion. No gozaban otras tranquilidad la Dinamarca, Suecia y Noruega. Pocos años antes de concluir el siglo último, habiendo sido llamada al trono de Suecia, por eleccion de los señores, la reina de Dinamarca y Noruega Margarita de Waldemar, logró que se decretara la union perpetua de las tres coronas, bajo la condicion que el rey residiera alternativamente en los tres reinos, y cada uno de éstos conservaria su senado, leyes y privilegios. Las multiplicadas infracciones de este tratado, conocido con el nombre de union de Calmar, ocasionaron un levantamiento de los suecos; y en el año 1448, no queriendo

(1) En. Sylv. Hist. Europ. Chalcond.—Ducas.—Casticeuz.—Piranz.—Leunclav.

reconocer á Cristiano I, electo rey de Dinamarca, sin su participación, dieron la corona de Suecia á Carlos Canutson, mariscal mayor del reino. Esto originó una guerra, y turbaciones interiores, porque el rey de Dinamarca pensó luego en sostener sus pretensiones, apoyándose los obispos de Suecia, descontentos del rey y Carlos; el cual, para abatir la pujanza del clero, había ordenado, en unión con el senado, la averiguación y reivindicación de los derechos reales y de los bienes que pretendia haber sido usurpados á la corona, con prohibición de hacer en adelante ninguna fundación territorial á favor de las iglesias y monasterios.

La tregua ajustada años antes entre Francia é Inglaterra, fué rota en el de 1449 por culpa de los ingleses, que sorprendieron y entraron á saco la ciudad de Fougères en Bretaña. Habiendo pedido en vano el rey Carlos VII la restitución de dicha ciudad con la reparación de las pérdidas, ordenó al conde de Foix, su lugarteniente en la Guinea, embestir las plazas que conservaban los ingleses en esta provincia, y mandó un ejército en la Normandía al mando del famoso Du Bois, el cual redujo en poco tiempo muchas ciudades y fortalezas. El célebre Santiago Coeur, intendente de las rentas del reino y poseedor de cuantiosas riquezas que había adquirido en el comercio, adelantó al rey considerables sumas para los gastos de la guerra, y aun mantuvo á sus expensas varios cuerpos de tropas; pero fué mal remunerado de sus servicios, porque los cortesanos envidiosos le acusaron de allí á algún tiempo de haber envenenado á Inés Sorel, dama del monarca, y cometido malversaciones en el ejercicio de su empleo; y en virtud de estas acusaciones fué desterrado y confiscados todos sus bienes. Los triunfos del conde de Du Bois amedrentaron á los habitantes de Ruan, que pensaron en una transacción, y el duque de Somerset, que mandaba con Talbot, se vio obligado á capitular. El rey hizo su entrada en aquella ciudad con magnífico aparato. Los historiadores notan que llevaba un sombrero forrado de terciopelo encarnado, y que entonces comenzó en Francia el uso de los sombreros, que insensiblemente se fueron sustituyendo á los chaperones. La batalla de Formigny, ganada al año siguiente por los franceses, produjo la pronta conquista de Bardeux, Caen, Cherburgo y todas las demás ciudades de Normandía; y el rey, para conservar la memoria de este suceso y mostrar su gratitud religiosa, mandó hacer solemnes procesiones en todo el reino, y que se repitiesen todos los años por el mes de Agosto, lo cual se observaba todavía en Ruan en el último siglo. Inmediatamente pasó el conde de Du Bois á la Guinea, donde alcanzó los mismos triunfos. Fueron tomadas á la fuerza ó por capitulación todas las plazas hasta Burdeos, cuyos habitantes, no esperando ningún auxilio, se sometieron mediante un tratado que les otorgaba la conservación de sus privilegios, la exención del impuesto de la sal, y la institución de un tribunal supremo de justicia. No habiendo que-

rido la ciudad de Bayona según este ejemplo, se le puso cerco formal y tuvo que capitular. Así perdieron los ingleses en menos de dos años la Guinea y la Normandía con todo lo que poseían en el reino, excepto Calais y algunas plazas en el Bolones. En 1452 volvieron á la Guinea y sublevaron la ciudad de Burdeos y algunas otras fuertes; pero al año siguiente, después de perdida la batalla en que pereció el famoso Talbot, fué nuevamente conquistada por los franceses toda la provincia; y el rey, para contener á Burdeos, mandó construir dos fortalezas, y condenó á destierro perpetuo veinte señores de los principales, según un artículo de la capitulación.

Estas pérdidas, agregadas á otros descabrios en una guerra contra Escocia, aumentaron el disgusto de los ingleses, irritados ya contra su rey por la imposición de nuevos tributos, y originaron la famosa contienda civil llamada guerra de las dos rosas, cuya causa fué la rivalidad entre las casas de York y Lancaster. Enrique IV, que reinaba á la sazón, descendía del duque de Lancaster, hijo tercero de Eduardo III, y rey bajo el nombre de Enrique IV después de la deposición de Ricardo II. El duque de York reclamaba la corona en virtud de los derechos de su madre, que era hija del duque de Clarence, segundo hijo de Eduardo III. Aprovechóse del disgusto de los ingleses para hacer valer sus derechos, y las sangrientas guerras que de ahí se siguieron, sembraron el espanto y la desolación en Inglaterra por más de treinta años (1).

Nicolás V se había esforzado á restablecer la paz entre los reyes Enrique VI y Carlos VII; á cuyo efecto envió en 1451 á Inglaterra al arzobispo de Ravena, de la ilustre casa de los Orlins, y á Francia al cardenal de Estouteville, hijo del copero mayor del rey. Mas este paso del Pontífice no produjo fruto alguno. Enrique VI respondió á todas las consideraciones del legado, que cuando hubiese reconquistado todo lo que le habían quitado los franceses hacía dos años, sería tiempo de entrar en negociación; pero que hasta entonces no había que pensar en ello. El cardenal de Estouteville, durante su legación, se dedicó á instancia del rey á reformar los abusos en la universidad de París; abrogó algunos estatutos antiguos, confirmó los demás y añadió algunos artículos nuevos, lanzando excomunión contra los que infringiesen aquellos reglamentos. Notase entre otras cosas, que los profesores de teología estaban obligados á escribir las lecciones que en la facultad de medicina el matrimonio no excluía ya del magisterio; y que en la de artes, los escolares que no quisiesen sufrir un castigo merecido, no podrían ser admitidos por otros maestros. Pero lo que faltaba á estos estatutos, así como á los anteriores, eran los medios eficaces de reprimir el desorden y turbulencia de los estudiantes fuera de las escuelas.

(1) Math. de Coucy. Hist. de Carlos VII. Juan Charrier. Monstrelet. Polydore Virgil. Hist. Anglie.

En el mismo año 1451 envió también el Papa á Alemania al cardenal de Cusa con el título de legado, para conciliar una paz sólida entre los príncipes, y exhortar á los pueblos á que contribuyesen con sus limosnas al socorro de los cristianos amenazados por los turcos. Las indulgencias que se publicaron con este motivo produjeron copiosísimas limosnas. Como la devoción de los pueblos había hecho muy frecuentes las procesiones del Santísimo Sacramento, el legado, en un concilio tenido en Colonia para restablecer la disciplina, hizo un reglamento disponiendo que en adelante no se expusiera á la veneración pública, ni se llevara en procesion en un viril descubierto mas que el día del Corpus y durante su octava, y fuera de ahí solo una vez al año, por razones graves y con licencia del obispo, á fin de que siendo mas raras estas ceremonias se hiciesen con mayor respeto y fervor. Este es uno de los estatutos mas antiguos que se conocen tocante á la exposicion del Santísimo Sacramento. El legado dispuso tambien la reunion de concilios en Salzburgo y Magdeburgo, y publicó algunos estatutos para la reforma de los monasterios y de los canónigos reglares. Los peligros que corría la Polonia por la vecindad de los turcos, y sobre todo por las incursiones de los tartaros establecidos en la Crimea, obligaron al cardenal Sbignee, obispo de Cracovia, á pedir al Papa las indulgencias del jubileo para los polacos y lituanos, dispensándolos de ir á Roma, con tal que diese cada uno la mitad de la suma que le hubiera costado el viaje, para que la empleara el rey en la guerra contra los infieles. Aquel prelado, á quien el Papa Eugenio y el anti-papa Félix habían concedido la dignidad cardenalicia como á porfía, era igualmente recomendable por su mérito y por su celo á favor de la religion. Como los bohemios habían enviado embajadores al rey de Polonia para ajustar un tratado muy ventajoso á este príncipe, no solo rehusó Sbignee comunicar con ellos, sino que hizo suspender los oficios en su diócesis cuando pasaron aquellos de vuelta; y habiéndole amenazado el rey, enojado con la expulsion de su silla, respondió el obispo que el destierro, y aun la muerte padecida por la religion, serian un motivo de contento para él. El Papa otorgó el jubileo solicitado por este cardenal, y el celo de los pueblos por ganar las indulgencias produjo cantidades tan considerables, que en lugar de la mitad de los gastos del viaje, no se exigió mas que la cuarta parte.

El emperador Federico, cuyo concurso era tan importante para la cruzada contra los turcos, ni servia, ni mucho menos estaba dispuesto para esta empresa. Era príncipe de costumbres apacibles y tranquilas, de carácter flojo é indolente, y de una parsimonia que legaba á la avaricia, y aunque por otra parte celoso por la religion, no tenía la firmeza ni la constancia necesarias para ponerse al frente de semejante expedicion. Naturalmente inclinado á la paz, y no proponiéndose mas que su interés y el de su familia,

preferia la quietud á la gloria, y emprendia con suma repugnancia aun las guerras mas indispensables. A principios del año 1452 marchó á Italia para recibir la corona imperial de manos del Papa; pero por no asustar á los italianos, y tal vez tambien por ahorrarse el gasto, partió sin ejército y acompañado solamente de multitud de señores; lo cual no dejó de causar inquietud al Papa. Nicolás, y temiendo una rebelion de los romanos con esta ocasion, hizo poner numerosa guarnicion en el castillo de Santangelo y las otras fortalezas. Francisco Sforzia que se habia apoderado de Milán, rogó al emperador que pasara á esta ciudad á recibir, segun costumbre, la corona de hierro como rey de Lombardia; pero Federico, descontento de aquel príncipe, no quiso ir, y despidió duramente á los embajadores. Habiéndose juntado en Sena con la emperatriz Leonor, princesa de Portugal, con quien se habia casado por poderes, marcharon los dos á Roma, donde entraron en Marzo. Salieron á recibirle los cardenales, todo el clero y los magistrados de la ciudad, y le condujeron bajo de un palio magnifico, hasta las gradas de la iglesia de San Pedro; allí le aguardaba el Papa revestido de sus ornamentos pontificales, y sentado en un trono de marfil. Llevaban la espada desnuda delante del emperador, quien besó los pies al Papa y le presentó una bola de oro, segun la costumbre. De allí á algunos dias, el sumo Pontifice, en virtud de su plena potestad, y á peticion de aquel príncipe, le dió la corona de oro; pero confirmando los derechos del arzobispo de Milán, á quien correspondia hacer la coronacion al domingo siguiente. Federico, revestido de alba, despues de haber prestado el juramento ordinario de proteger los derechos de la Santa Sede, ser fiel á ella y no ejercer ningun acto de soberania en Roma, fué instituido canónigo de San Pedro, y consagrado y coronado solemnemente con la corona de oro como emperador de los romanos. El Papa coronó tambien á la emperatriz, y despues de la ceremonia fué Federico sirviendo de caballero al sumo Pontifice desde la iglesia de San Pedro hasta la de Santa Maria, al otro lado del puente. Este emperador es el último que se coronó en Roma (1).

El Papa, al mismo tiempo que se esforzaba á excitar el celo de los latinos contra los turcos, no omitia ningun medio para extinguir el cisma de los griegos y hacerlos recibir el decreto de Florencia; mas fueron infructuosas sus muchas diligencias. Al principio de su pontificado habia escrito al arzobispo de Nicosia, legado de la Santa Sede en las islas de Chipre y Rodas, y en todos los lugares dependientes de él, recomendándole reprimiese por todas las vias canonicas á los nestorianos y demas cismáticos que quisieran volver á sus errores. Dos años despues hizo los mismos encargos á los inquisidores de la fé en Grecia. En el de 1451, como le hu-

(1) En. Sylv. Hist. Europ.—S. Anton. Chron.—Platin.

biese enviado el emperador Constantino embajadores y cartas solicitando auxilios y manifestando su sentimiento de no haber podido aun obligar á sus vasallos á recibir el decreto de union, le respondió el Papa Nicolás mostrándole que el lamentable estado á que se hallaba reducido el imperio griego antes tan floreciente, era á un mismo tiempo la consecuencia y el castigo del cisma originado de la ambicion de Focio; y despues de recordar todos los esfuerzos de la Santa Sede para reducir los griegos á la unidad católica, añadía que la Iglesia romana no se engañaba en cuanto á las varias promesas de aquellos tantas veces quebrantadas, pero que usaba de paciencia considerando que Jesucristo habia mandado aguardar tres años antes de arrancar la higuera estéril. La toma de Constantinopla ocurrida á los dos años, hizo que se miraran estas palabras como una amenaza profética. El Papa terminaba su carta exhortando al emperador á que mandase poner el nombre del sumo Pontífice en los dipticos, segun la antigua costumbre, y proteger al patriarca Gregorio contra los sectarios; porque éste se habia visto forzado á abandonar su silla por las persecuciones de los cismáticos, quienes escribieron en este mismo año á los bohemios, dándoles el parabien por su separacion de las pretendidas novedades romanas, y convidándolos á reunirse con la Iglesia oriental. El patriarca se retiró á Italia, donde publicó varios escritos en defensa del concilio de Florencia, bajo el nombre de Gennadio, causa por la qual los han atribuido algunos autores á su sucesor. El emperador Constantino habia suplicado en sus cartas al sumo Pontífice que enviara á Constantinopla un legado prudente é ilustrado para que tratase con él en reducir á los cismáticos. Para esta comision tan importante, eligió el Papa al cardenal Isidoro, arzobispo de Kiovia, cuya legacion pareció al principio bastante feliz. El emperador aceptó el decreto de union, é hizo que le aceptara parte del senado y clero; pero cuando se celebró la liturgia en la iglesia de santa Sofia, y se hizo conmemoracion del Papa y del patriarca Gregorio, se alteró el pueblo y cortió en tropez á la celda del monge Gennadio, que habia heredado todo el odio de Márcos de Efeso, contra la Iglesia romana. El monge mandó fijar á la puerta de su monasterio un escrito, en que amenazaba con las mayores calamidades á todos cuantos recibiesen los decretos de Florencia. En ese entonces la multitud, y sobre todo las devotas y monjas á quienes él dirigia, gritaron por todas partes anatema contra los que habian abrazado ó abrazasen en adelante la union. No quisieron entrar mas en la iglesia de santa Sofia que se consideró como profanada, evitaron como excomulgados, á todos los que habian asistido á la liturgia con el legado, les negaron la absolucion y la entrada en las iglesias, y por fin llegaron á tal punto el fanatismo y la ceguedad, que los cismáticos decian públicamente durante el asedio de la ciudad, que mejor querian ver dominar en Constantinopla el turco, que el capelo de un cardenal.

Entre tanto Mahomet hacia inmensos preparativos para la conquista de aquella ciudad. Habiendo somenido en Asia al principe de Carmania, y ajustado en Europa una fregata de tres años con Humiades, hizo construir en 1452 una fortaleza sobre el Bósforo para dominar el estrecho, y como quisiese oponerse el emperador, combatiéron los griegos esta resolucion por temor de irritar al soldán, y contribuyeron ellos mismos á construir el fuerte (1). Reunidas despues sus tropas, fué Mahomet á embestir á Constantinopla el 2 de Abril del año siguiente, con un ejército de trescientos mil hombres y mas de trescientas naues. Esta ciudad, de unas cuatro leguas de circunferencia, estaba cercada de dos recintos de murallas, con fosos anchos y profundos, y el puerto, cerrado por dos gruesas cadenas de hierro, estaba defendido, ademas, por varios fuertes. Pero dicen que no habia para la defensa mas que cinco ó seis mil hombres de tropas regulares, con tres mil genoveses y venecianos, y siete á ocho naues de guerra con algunas mercantes. Afortunadamente les llegó un refuerzo de dos naues genovesas, á las órdenes de Juan Justiniano, capitán hábil y experimentado, á quien dió el emperador el mando de las tropas, y á poco tiempo arribando de Quio cuatro buques con tropas y provisiones á bordo, lograron entrar en el puerto á pesar de los esfuerzos de la flota turca, que perdió en el combate doce mil hombres y muchas naues. Mahomet comenzó el ataque por tierra, y su artilleria abrió pronto anchas brechas en el primer recinto. Tenia cañones de enorme calibre, fundidos por un hábil ingeniero húngaro que se habia alistado en su servicio con la esperanza de una gran recompensa. Cegados los fosos, mandó el soldán dar el asalto; pero los sitiados, animados por el valor de Justiniano, se defendian con un denuedo asombroso: acudían á todas partes para rechazar á los turcos, y su artilleria asediada contra aquella confusa muchedumbre que se precipitaba hácia los fosos, causaba horrible carniceria. Tambien hicieron salidas contra los infieles, incendiaron parte de las máquinas de éstos, y descubrieron las minas por la destreza de un ingeniero alemán que estaba al servicio de Justiniano; despues de defenderse del asalto durante el dia, reparaban las brechas de noche y sacaban lo que los turcos habian arrojado á los fosos. El soldán hizo tambien varias tentativas inútiles para forzar la entrada del puerto, y se cuenta que por consejo de un cretense, resolvió trasportar sus naues por tierra, y que habiendo hecho cubrir de tablas un

(1) Herault-Berostel dice, que Mahomet construyó sobre el Bósforo el segundo fuerte de los Dardanelos, para cerrar el paso á las naues que fuesen del mar Negro á Constantinopla. Verdaderamente no sabé uno qué admitir mas, si la ignorancia del historiador, ó la simplicidad de los lectores que le han dado crédito. Un estudiante no confunde el Bósforo con el estrecho de los Dardanelos, y sabé muy bien que éste no está entre el mar Negro y Constantinopla.

tadas mas de dos leguas de camino, se llevaron en una sola noche ochenta galeras á fuerza de máquinas y brazos: luego mandó construir un puente de barcas cañoneras para batir las murallas. A la vista de aquellos baques bajados al puerto, se aterraron los sitiados; pero no se descorazonaron. Mahomet, cansado de tan vigorosa resistencia, estuvo tentado muchas veces por levantar el cerco; y como sus soldados murmuraban en alta voz, y se quejaban de que se divertía en llevarlos al matadero por obstinarse en lo imposible, propuso la paz á Constantino, ofreciendo asegurarle la posesión del Peloponeso si quería entregarle la ciudad. Mas el emperador respondió con una resolución magnánima, que solo con la vida abandonaría la ciudad imperial.

Por fin, el soldan resolvió dar el último asalto el 29 de Mayo, con todas sus fuerzas, por mar y tierra; y para animar á sus soldados, prometió entregar toda la ciudad á saco, y conferir el gobierno de ella al primero que la escalase. Al mismo tiempo ordenó tres dias de ayuno, con rogativas públicas para alcanzar la victoria. Informado el emperador de esta resolución por un oficial del soldan, mandó hacer procesiones solemnes con todas las reliquias de la ciudad, y asistieron descalzos y derramando torrentes de lágrimas el clero, los soldados y los habitantes de ambos sexos y de todas edades. Despues comulgó públicamente en la iglesia de santa Sofia, con una muchedumbre de las personas más distinguidas. En el dia prefijado hizo el soldan que atacaran sus tropas mucho antes de aquellos infelices que eran forzados á palos y sablazos, á correr á una muerte cierta, mandó avanzar tropas frescas, y dispuso el asalto general por mar y tierra. Los cristianos, aunque ya cansados de la carnicería, hicieron prodigios de valor para rechazar este nuevo ataque; pero despues de cuanto horas de un combate encarnizado, acudió el cuerpo de los genizaros á apoyar el ejército turco que empezaba á cejar, y bien pronto ganaron las murallas y las torres del recinto exterior. Los que peleaban en el puerto se apoderaron al mismo tiempo de una torre de las que servian para defenderle. Habiendo sido herido Justiniano, que hasta entonces se habia portado como un héroe, dicen que abandonó cobardemente su puesto, y mandó abrir una puerta de la muralla interior para refugiarse en la ciudad. Su retirada introdujo el desahiento entre las tropas imperiales, que viéndose sin general y acosadas por los turcos dueños de las murallas, echaron á huir y entraron tras de él en la ciudad por la puerta abierta. El emperador Constantino, habiéndole conjurado inútilmente que no mancellase su gloria con una vergonzosa fuga, hizo esfuerzos increíbles para sostener el combate; pero al cabo, oprimido por el número de los infieles, cayó cubierto de heridas y fué pisoteado por los fugitivos. Mahomet, justo apreciador de su valentía, mandó buscar el cadáver y hacerle magníficas exequias.

La muerte del emperador acabó la derrota de los griegos que fueron perseguidos y envueltos por los turcos: éstos, entrando por todos lados, hicieron horrible carnicería, y el soldado no perdonó en su furor, ni á las mugeres ni á los niños. Fueron degolladas mas de cuarenta mil personas, ahrojadas mas de sesenta mil para venderlas como esclavas, y por espacio de tres dias la ciudad entregada al saqueo, sufrió todas las crueldades, horrores, profanaciones de al sagrado, sufrió todas las crueldades, horrores, profanaciones que pueden imaginarse, excepto el incendio que habia demastias que pueden imaginarse, excepto el incendio que habia prohibido el soldan bajo las penas mas rigurosas, porque queria fiar su residencia en aquella capital. Los altares, las cruces, los vasos sagrados, las reliquias y santas imágenes fueron destrozadas y conculcadas, las iglesias misterios horriblemente profanadas; forzadas infamias, los santos misterios horriblemente profanados; forzadas las mugeres casadas y solteras, y los clérigos y monjes degollados ó vendidos y sujetos al trato mas cruel, terrible castigo de su obstinacion en el cisma. No pueden contarse todos los personajes distinguidos que fueron victimas del furor del soldado ó de la natural crueldad del soldan. Entre otros, fueron reducidos á cautiverio cuarenta y siete nobles venecianos y luego asesnados á sangre fria, excepto algunos que rescataron la vida descubriendo sus tesoros. El almirante Notaras creyó poder salvar la suya y la de sus hijos por el mismo medio; pero el soldan mandó cortarles la cabeza por el torpe motivo indicado mas arriba. El historiador Phranzes, vendido por otros infantes, fué rescatado en Lacedemonia, y entró al servicio del príncipe Tomás, hermano del último emperador. El cardenal Isidoro, con la esperanza de salvar la vida disfranzándose, se puso el uniforme de un soldado muerto, á quien revistió de todas las insignias de su dignidad, y luego confundido con los fugitivos, se acogió á la iglesia de santa Sofia, donde le hicieron prisionero; pero como no era conocido de los turcos, fué rescatado en Pera por cincuenta ducados, y bien pronto pudo escaparse á Italia (1).

Ast acabó el imperio de Oriente, que habia durado mil ciento veintitres años desde la dedicacion de Constantinopla por Constantino el Grande. Los genoveses, que poseian de mucho tiempo atras el arrabal de Pera, se sometieron á Mahomet aun antes que éste les hubiese intimado la rendicion, y consintieron en pagarle tributo. El soldan puso allí un gobernador turco, dejando á los genoveses parte de sus privilegios, y la libertad de vivir segun sus leyes; pero les fué prohibido tener campanas en la capital y guardar miramientos á los cristianos que constituan la riqueza y el nervio de su nuevo imperio, prohibió toda violencia á los tres dias de saqueo, y

(1) An. Sylv. Hist. Europ.—S. Anton. Chron.—Gobelin. Comment.—Phranz.—Chalcond.—Ducas. Tom. IV.

publicó que podian presentarse con toda seguridad todos los fugi-
 vos grandes y pequeños; y cuantos se habian escondido. Noticioso
 de que estaba vacante la silla patriarcal por haberse retirado el pa-
 triarca Gregorio, tomó algunas disposiciones para proveerla, y or-
 denó que se hiciese la eleccion en la forma acostumbrada bajo los
 últimos emperadores. Estos habian mandado hacia mucho tiempo
 que se designasen tres sujetos, entre los cuales tendria el empera-
 dor derecho de elegir; mas despues, con menosprecio de estas leyes
 y de los antiguos cánones, no tardaron en nombrar ellos mismos sin
 presentacion; un sujeto que era elegido despues por mera fórmula.
 Segun esta costumbre mandó Mahomet congregar algunos obispos
 de las cercanias de Constantinopla con el clero de la ciudad y prin-
 cipales ciudadanos; é hizo elegir patriarca al antiguo senador Jorge
 Scholario; á quien hemos visto en el concilio de Florencia declarar-
 se abiertamente por la union; pero seducido despues por Márcos, de
 Efaso, y habiendo tomado el hábito de monje con el nombre de
 Gennadio, llegó á ser uno de los mas fogosos fautores del cisma.
 Sin embargo, algunos autores pretenden que no se ha de confundir
 el monje cismático con el patriarca, y que éste, constantemente fiel
 á los decretos de Florencia, publicó aun despues de su eleccion va-
 rios escritos para defenderlos, é hizo todos los esfuerzos para redu-
 cir su pueblo á la unidad de la Iglesia. Pero prescindiendo de la
 conformidad de los nombres, no es muy probable que Mahomet,
 guiado únicamente por intereses políticos en su eleccion, quisiese
 dar á los griegos, tan obstinados por la mayor parte en el cisma, un
 patriarca unido en comun con los latinos. Como quiera que sea,
 el nuevo patriarca tomó ó conservó el nombre de Gennadio, y reci-
 bió la investidura del soldán con el ceremonial usado por los em-
 peradores; á cuyo fin pasó al palacio imperial, y Mahomet, entre-
 gándole el báculo pastoral, le dijo: «La Santísima Trinidad que me
 ha dado el imperio, te hace por mí autoridad arzobispo de la nueva
 Roma, y patriarca ecuménico.» En seguida el soldán le acompañó
 hasta la puerta del palacio; le hizo montar un caballo soberbio, y
 dió orden á todos sus oficiales y personas mas distinguidas de su
 servidumbre, que le acompañaran á pié hasta la iglesia de los doce
 apóstoles que se le habia señalado para su silla, en lugar de Santa
 Sofia convertida en mezquita. De allí á poco tiempo le fué á vis-
 tar Mahomet, y habiéndole pedido que le explicara los puntos prin-
 cipales de la religion cristiana, quedó tan contento con esta explica-
 cion, que quiso tenerla por escrito. El patriarca Gennadio renunció
 la silla despues de haberla ocupado como cinco años, y se retiró á
 un monasterio de la Macedonia, donde acabó sus dias. Entre otras
 obras suyas, nos han quedado un diálogo sobre la Trinidad y la
 Encarnacion, y un compendio de los dogmas de la religion.
 La toma de Constantinopla debe señalarse como una de las cau-
 sas que contribuyeron á la restauracion de las letras en Occidente.

Muchos señores y sabios griegos consiguieron marchar al Pelopon-
 nes, ocupado aún por los hermanos del emperador Constantino, y
 desde allí pasaron varios á Italia á ruegos del Papa, que procuró
 en todo lo posible resarcirlos con sus beneficios de la perdida de los
 bienes y de la patria. Entre estos sabios, se distinguen Teodoro
 Gaza, Juan Lascaris, Manuel Crisoloras, Jorge de Trebisonda, Ar-
 griópulo, Hemónimo de Esparta, y otros, cuyas tareas sirvieron pa-
 ra difundir el conocimiento de la literatura griega. Trajaron á Occi-
 dente multitud de obras, ya profanas, ya eclesiásticas, particular-
 mente las completas de San Juan Crisostomo, San Basilio y San
 Gregorio Nazianzeno, y el Papa los estimuló con recompensas á
 dar traducciones latinas de ellas, debiéndose citar las de Aristóteles
 y Appiano. La imprenta que se inventó por la misma época, vino
 á multiplicar estas obras magistrales, y á propagarlas por todas par-
 tes (1). Se quiso leerlas en el lenguaje griego, y se rió á Hemónimo y Las-
 caris enseñarla con aplauso en la universidad de Paris. Sientan al-
 gunos autores, que el santo sudario que hoy en Turin, fue traído
 entonces de Constantinopla, despues de librarse del pillage; pero esa
 aseveracion es á lo menos muy dudosa; otros afirman que hacia
 un siglo se habia donado á una iglesia de la diócesis de Troyes en
 Champaña, desde donde se envió al duque de Saboya en este año.
 Fue tan viva la afliccion del Papa Nicolás por la toma de Cons-
 tantinopla, que la pesadumbre le consumió poco á poco, segun su
 dice; y abrevió sus dias. Redobó sus afanos, para promover una
 cruzada contra los turcos, y exhortó reiterada y eficazmente á los
 príncipes y á los pueblos, para que se reunieran contra un enemigo,
 cuya ambicion y progresos amenazaban cada vez mas á la Europa,
 y á la religion. Pero si no fueron infructuosos los esfuerzos de su
 celo, tampoco produjeron, ni con mucho, todo el efecto que debía
 desear. La Europa habia sabido con una especie de consternacion
 la súbita catástrofe que habia acabado con el imperio de Oriente, é
 conocia mas que nunca la necesidad de poner un dique poderoso á
 la inundacion de los bárbaros. El rey de Portugal envió inmediata-
 mente una flota considerable á Italia, poniéndola á disposicion del
 Papa para la guerra contra los turcos. El duque de Borgoña Felipe
 el Bueno, envió por su parte cuatro galeras, y á pesar de sus mu-
 chos años hizo voto de ir en persona á combatir á los infieles. Lo
 mismo ofreció el emperador Maximiliano I. y Virgilio Peñidero, patriar-
 ca de Maguncia, y á su yerno Scheler, algunos á Juan Mantel, de Strasbur-
 go; otros tambien á Juan Coster, ciudadano de Harlem en Holanda; y por úl-
 timo, Paulo Jorio asegura que un comerciante alemán trajo este arte de la
 China. No están mas acordes los escritores en cuanto al año, que en cuanto
 al autor de esta invencion: unos la fijan en el de 1440, y otros mucho despues.
 La finici cosa cierta es, que data de mediados del siglo XV, poco mas ó meno.

El obispo de Sena, recién nombrado obispo de Sena, después de cerciorarse de las disposiciones del emperador Federico, escribió varias cartas á Roma, suplicando al Papa y á los cardenales que trabajaran por todos los medios en restablecer la paz entre los Estados cristianos, convocar un congreso de todos los príncipes de Europa, y predicar una cruzada general contra los infieles. Hacia presente que los cristianos se aventaban infinito á los turcos, así en el número como en el valor y disciplina, y que solo en la indiferencia ó la division podia impedir el emprender una guerra, en que peleando por la fe debían esperar la protección del cielo y contar con la victoria. Su empeño especial era dar á entender al Papa que aunque no tuviese nada de que acusarse, la toma de Constantinopla no dejaría de ser por la injusticia de los hombres una especie de nota para su memoria y manchar la gloria de su pontificado, si él no hacía todos los esfuerzos para reparar tamaña desgracia. Como la Italia estaba agitada hacia mucho tiempo por guerras entre las ciudades ó los príncipes, el celo del Papa Nicolás no perdono diligencia para terminar estas disensiones. Le auxilió en esta empresa un religioso agustino llamado Simonet, que hizo varios viajes, ya á Venecia, Florencia ó Sena, ya á la corte del duque de Milán, y que supo persuadir tan bien á unos y otros, que los determinó por fin á ajustar un tratado de paz. Entonces el Papa, para que consintiese en él el rey de Aragón, le envió en calidad de delegado el cardenal Domingo Capranica, que por su fama de prudencia, habilidad y virtud era sumamente á propósito para el buen logro de tal embajada. En efecto, consiguió que aquel rey se adhiciese al tratado concluido entre las ciudades de Italia; pero el príncipe no quiso comprender en él á los genoveses, y además se mostró poco fiel en observarla con las otras ciudades.

En el año 1454 los príncipes de Alemania, movidos de las reiteradas instancias del Pontífice, se reunieron en Ratisbona para deliberar sobre la guerra contra los turcos. No dejó de concurrir á esta dieta el duque de Borgoña, que había sido convidado juntamente con otros príncipes, y fué el primero que ofreció su cooperación. El obispo de Pavía enviado del Papa, y Eneas Silvio, diputado del emperador Federico, hablaron con tanto celo y elocuencia, que todos opinaron por la guerra; pero no se tomó ninguna medida decisiva, y solamente se convino en solicitar el concurso de la Francia y de los príncipes de Italia, y tener otra dieta en Setiembre del mismo año para discutir los medios de levantar tropas y proveer lo necesario á su manutención. Esta tardanza no era á propósito para infundir grandes esperanzas, y se ve en una carta escrita poco después por Eneas Silvio, que á pesar de su celo no se engañaba ni alucinaba

respecto de las dificultades que se presentaban por todas partes. Hemos manifestado las divisiones que reinaban en Inglaterra y en los reinos del Norte. La Francia, aunque libre de los ingleses, no por eso dejaba de tener que estar alerta contra las nuevas incursiones de un enemigo que no quería oír ninguna proposición de paz. Tampoco faltaban turbaciones en Alemania, ya á causa de las desavenencias entre los suizos y los duques de Austria, ya de resultas de los altercados del emperador Federico con la Hungría; y tambien estalló por entonces la rebelion de los habitantes de Prusia y Pomerania contra los caballeros teutónicos. Habian elevado aquellos sus quejas al emperador contra el despotismo de los caballeros, cuyas exacciones eran insuportables, y este príncipe acabó de exasperarlos, condenándolos á una multa de seis mil florines. En vano empleó el Papa su autoridad y los mandó, bajo pena de excomunion, continuar sujetos á sus antiguos señores. Ellos ofrecieron al rey de Polonia ponerse bajo su dominacion, y como anduviesen perplejos el monarca y el senado, les dijeron los prusianos que irian á buscar otros protectores, y que Ladislao, rey de Hungría y de Bohemia, los recibiría con los brazos abiertos. No fué necesario mas para vencer la irresolucion de los polacos. El rey Casimiro entró en la Prusia, recibió el juramento de fidelidad de aquellos pueblos, disminuyó los tributos que habian ocasionado la rebelion, y tuvo que sostener una larga guerra contra los caballeros teutónicos. Todas estas circunstancias venian á ser otros tantos obstáculos para una empresa, que si habia de terminar felizmente, requeria el concurso ó á lo menos la union de todos los príncipes cristianos. Necesitábase, ademas, una flota respetable para combatir la de los turcos; y como la del Papa era en extremo reducida, no podia acometerse nada por un sin la cooperacion de los venecianos y genoveses, con quienes debia contarse muy poco, pues habian renovado su tratado con el soldan despues de la toma de Constantinopla. Por fin, aun cuando hubieran podido reunirse tropas suficientes, todavia quedaban otras muchas dificultades, en especial la de atender á su manutencion, conservar el orden y la disciplina entre pueblos de diferentes idiomas é indole, y buscar un cabo que tuviese bastante autoridad para mandar aquella muchedumbre de príncipes y señores, igualmente celosos de su independecia.

La dieta de Francofort se celebró en el día señalado, y además de los nuncios del Papa concurren los embajadores de muchos príncipes, y particularmente los del rey de Hungría que habian ido á solicitar auxilios. Eneas Silvio dió un largo discurso que produjo el mismo efecto que en Ratisbona. Resolvióse de nuevo la guerra, y se promovieron á los húngaros treinta y dos mil peones y diez mil ginetes: en seguida los miembros de la dieta marcharon á Austria en busca del emperador, para tomar las últimas medidas y arreglar todos los preparativos de la expedicion. Al mismo tiempo, Juan Ca-

pistrano, á quien miraban los pueblos como un profeta, continuaba exhortándolos con fruto en sus sermones á que tomaran las armas ó contribuyeran á los gastos de la guerra. Pero la muerte del Papa Nicolás vino á suspender todas estas disposiciones. La pesadumbre que le causara la toma de Constantinopla, se había aumentado tambien con el descubrimiento de una conspiración, á cuya cabeza estaba el caballero romano Esteban Porcario. El plan de los conjurados era apoderarse del Papa y de los cardenales en la iglesia de San Pablo, durante la misa, y llamar luego al pueblo para que tomara las armas en defensa de la libertad; pero habiendo sido presos por algunos indicios de la conjuración, y convictos por confesion propia, fueron condenados á muerte y ajusticiados. (1) Desde entonces tomándose el Pontífice las resacas de aquella conspiración, salió mas de tarde en tarde, y se mostró menos accesible, especialmente á los romanos. En fin, la gota que le atormentaba de mucho tiempo atras, le ocasionó una fiebre, de la que murió el día 24 de Marzo de 1455. Todos los historiadores están acordes en elogiar su piedad, desinterés, caridad para con los pobres, y sobre todo, su celo por el adelantamiento de las ciencias. Estimuló á los sábios, y con sus beneficios atrajo muchos á Roma. Ensanchó el colegio de la Sapiencia, nombró los maestros mas hábiles para él, y acopió multitud de libros preciosos para formar una biblioteca pública en su palacio; así echó los fundamentos de la famosa del Vaticano. Mandó, sobre todo, buscar cuidadosamente las obras de los autores antiguos en la Grecia, y á tal punto llegó su celo en esta parte, que prometió cinco mil ducados al que le presentase el Evangelio de San Mateo en hebreo. No hizo menos por el adelantamiento de las artes. Hermosó á Roma con suntuosos edificios, y aun proyectó la construcción de la magnífica iglesia de San Pedro, cuya obra apenas empezada, no se continuó, y acabó hasta medio siglo después. (2)

Por entonces murió San Lorenzo Justiniano, patriarca de Venecia, tan ilustre por su cuna como por su piedad y escritos. Era na-

(1) Algunos escritores modernos conocidos por su odio contra los Papas, han sentido que los conjurados fueron condenados á muerte sin ser juzgados ni convictos, y que hasta se les habian negado los últimos sacramentos, á pesar de todas sus instancias; pero esta calumnia está refutada, por el testimonio unánime de los historiadores contemporáneos, quienes dicen expresamente, que Porcario confesó la conjuración y que se leyeron todas las particularidades de su confesion á los cómplices. Además, bastaban las circunstancias de su prision para convencerlos. Y por lo que toca á haberles negado los sacramentos, un solo autor contemporáneo, y es, poco amigo de los Papas, dice que los conjurados murieron sin confesion ni comunión; pero no dice, qué hubiesen pedido estos auxilios de la religion, y es una temeridad odiosa suponer gratuitamente que se les negasen.

(2) Janos. Mabert. Vit. Nicol. Gobelin. Comment. — Ben. Sylv. Hist. Europ. — S. Ant. Chron. — Steph. Infiscar. Chron. — Platina. — Rainald.

70. L.

no 514



ST. LORENZO JUSTINIANO

tural de aquella ciudad y descendiente de la antigua familia de los Justiniani, y su madre le formó en la virtud desde la niñez. Luego que estuvo en edad de tomar estado, teniendo los peligros del mundo, entró de canónigo regular en la congregacion de San Jorge, recien fundada en un monasterio de la isla de Alga cerca de Venecia. Informado de su mérito el Papa Eugenio, lo hizo obispo de esta ciudad en 1434, y habiéndole vacado a los diez y siete años el patriarcado de Grado por muerte de Domingo Michaeli, Nicolás V. trasladó este título a la silla de Venecia en consideracion á Justiniano, á quien habia conocido en el monasterio de Alga siendo él tambien canónigo. Estas dignidades no sirvieron mas que para dar nuevo lustre á las virtudes de Justiniano. Fué admirable por su modestia, y juntado á la vida pobre y austera de un religioso al celo y caridad de un prelado, se dedicó á restablecer la disciplina, combatir los desórdenes del clero y del pueblo, y socorrer á los im felices con abundantes limosnas. En su última enfermedad no quiso otro lecho, que el gergon en que dormia de ordinario. Murió en Enero de 1455 á los setenta y tres años de su edad, y pidió ser enterrado en su antiguo monasterio; pero despues de una disputa que duró mas de dos meses, sin que el cuerpo presentase ningun signo de corrupcion, obtuvo el cabildo que se le enterrase en la iglesia patriarcal. En vista de los milagros obrados en su sepulcro, le beatificó el Papa Clemente VII en 1524, y mas adelante le canonizó Alejandro VIII. Quedan varias obras suyas de piedad, noticias por una nunciacion tierna, y además algunos sermones sobre las fiestas de Jesucristo y de los Santos, la sobria limonia obsequio.

El célebre Alfonso Tostado, obispo de Avila en España, habia muerto en 1454, y aunque solo tenia cuarenta años de edad, habia adquirido una fama asombrosa por su saber, y compuso una multitud de obras sobre diferentes materias, pero principalmente sobre la Sagrada Escritura. Poseia todas las ciencias enseñadas entonces en las escuelas, y sabia perfectamente el griego y el hebreo. Habiendo concluido sus estudios á la edad de veintidos años en la universidad de Salamanca, explicó en la misma con aplauso extraordinario, luego fué diputado al concilio de Basilea, y en fin, por su mérito ocupó la silla episcopal de Avila. Sus obras, que forman una coleccion sumamente voluminosa, son casi todas comentarios sobre la Sagrada Escritura. Allí se halla todo lo mejor que han escrito los rabinos, con una sólida refutacion de sus delirios; pero suele divagar en digresiones, mas curiosas que instructivas.

Hechas las exequias del Papa Nicolás, entraron en concilio los quince cardenales que habia en Roma, y los mas se inclinaron desde luego á elegir al cardenal Bessarion; pero el de Avinion hizo presente con energia que no se podia sin vergüenza, y aun sin peligro, dar á la Iglesia romana por cabeza un griego apenas reunido del cisma, y que se deshonrarian los latinos con tal eleccion, hacienda

creer que no se había hallado un sujeto capaz entre ellos. Entonces se reunieron los votos en favor del cardenal Alfonso Borja, que fue electo el 5 de Abril y tomó el nombre de Calisto III. Descendía de una ilustre familia de España, y era recomendable por su piedad, celo de la disciplina y habilidad en el gobierno. Se ha notado como una prueba de su desinterés, que siendo obispo de Valencia y después cardenal, no quiso jamás poseer ningún otro beneficio. Tenía mucha edad; pero conservaba aun todo el vigor de su carácter. Como había nacido en los dominios del rey de Aragón, quien contribuyó á elevarle á la dignidad cardenalicia, pretendía este príncipe ambicioso sujetarle en cierto modo á su voluntad, y así se lo hizo presentir por sus embajadores; pero el Papa respondió: "Que gobierne él sus Estados y me deje á mí gobernar la Iglesia." Esta respuesta produjo una división entre el rey y el Papa, la que se acrecentó bien pronto por el celo de éste en oponerse á los abusos cometidos en el reino de Nápoles, y sobre todo á las usurpaciones de la jurisdicción eclesiástica, y en reclamar á favor de la Santa Sede la provision de los beneficios que daba el rey á cualquiera que podía pagarlos, sin tener en cuenta la indignidad del sujeto.

El emperador Federico envió inmediatamente una embajada al nuevo Pontífice para renovarle el juramento de fidelidad; y el célebre Eneas Silvio que la presidía, no dejó de hablar largamente en su discurso sobre la necesidad de oponerse pronto á las incursiones de los turcos que estaban á punto de apoderarse de la Hungría. Añadió, que varios príncipes se hallaban prontos á tomar las armas en defensa de la religion, y que los demas lo mismo que los pueblos, se dispondrían igualmente sin duda ninguna á combatir por la misma causa, en cuanto mandase el Papa predicar la cruzada con las indulgencias ordinarias. San Antonio, diputado por los florentinos, pronunció tambien un elocuente discurso sobre el mismo asunto. No necesitaba Calisto III de estas exhortaciones, y aun se dice que antes de su eleccion, estando seguro de obtener el pontificado, segun una predicción de San Vicente Ferrer, había hecho voto de emplear todo su poderío en combatir á los turcos. Sea como quiera, así que fué elegido, se dedicó con un celo extraordinario á dictar todas las disposiciones necesarias para el buen suceso de la empresa comenzada por su predecesor. Impulsó algunas décimas al clero, escribió á los príncipes, y particularmente al rey de Francia, reclamando su concurso, y envió el cardenal Carvajal á Hungría y á elocuentes predicadores por toda Europa para excitar á los pueblos con la promesa de las indulgencias á los que contribuyesen con su persona ó bienes para la guerra contra los infieles. Tambien despachó un embajador con presentes á los reyes de los persas, armenios y tartaros, á fin de animarlos contra un enemigo vecino, cuya pujanza y ambicion debian temer. Por último, aprestó una flota de diez y seis galeras, y dió el mando de ella al cardenal de

noticia, salió á tres sesos contra el príncipe de Aquileya, que se había distinguido ya en diferentes guerras contra los duques de Milán, y que por espacio de tres años ganó á los turcos muchas victorias considerables. Al mismo tiempo exhortó el Papa al rey de Castilla á que combatiera los moros de Granada, y concedió muchas indulgencias á los que tomasen las armas ó contribuyesen con limosnas á los gastos de esta guerra.

Mahomet, casi inmediatamente despues de la toma de Constantinopla, emprendió sojuzgar á los príncipes comarcanos, y habiéndose estrellado todos los esfuerzos de sus tropas en la península y val de Scanderbeg, volvió sus armas contra la Hungría, y en Junio de 1456 fué el mismo con un ejército de ciento cuarenta mil hombres á poner el cerco de Belgrado. El rey Ladislao, aterrado con esta noticia y juzgando inútil toda resistencia, se retiró á Viena de Austria bajo vanos pretextos; mas el famoso Huniades no perdió la esperanza, y juntando cuantas tropas pudo á unos cuarenta mil cruzados reunidos por la diligencia del legado y las exhortaciones de Juan Capistrano, se presentó á orillas del Danubio para socorrer á la ciudad sitiada. Fue preciso dar la batalla á los turcos que le disputaban el paso. Juan Capistrano recorría las filas con un crucifijo en la mano excitando el valor de las tropas cristianas; las cuales, despues de ejecutar prodigiosas hazañas, consiguieron la derrota de los infieles y entraron en Belgrado. El soldan no suspendió el ataque, é hizo que la artillería batiera la ciudad y que empezase inmediatamente el asalto general; pero los sitiados, animados con el valor de Huniades y sobre todo con las elocuentes exhortaciones de Juan Capistrano, se defendieron con tanto denuedo, que los turcos fueron rechazados en todas partes. El asalto volvió á comenzar al dia siguiente con mas encarnizamiento; pero con tan poco fruto. Mahomet vió caer á su lado su general mas intrépido, y recibió una herida que le dejó fuera de combate; la derrota de los turcos fué completa; los cristianos hicieron en ellos horrible carnicería, y el soldan tuvo que levantar el sitio despues de haber perdido mas de cuarenta mil hombres. Esta victoria se consideró como la salvacion de la Hungría y la Alemania. El Papa Calisto, en memoria de tan feliz acontecimiento ocurrido el 6 de Agosto, ordenó celebrar en toda la Iglesia la fiesta de la Transfiguración del Señor, que se celebraba ya de antiguo el mismo dia en muchas partes, y para hacerla mas solemne concedió grandes indulgencias (1). No sobrevivió mucho á esta expedición Huniades y Capistrano. El primero, aniquilado de las fatigas de la guerra, fué acometido de una fiebre que le arrebató en 10 de Setiembre de este mismo año 1456. Pidió los sacramentos con viva fe, é hizo que le llevaran á la iglesia para recibir el santo viático, diciendo que no

(1) St. Anton. Chron. — Eo. Sylv. Hist. Europ. — Neveler. Chron. — P. tin. — Chalcond.